
Aun cuando un día los pianos se quemaran por millares, aun cuando todas las trompas del mundo fueran fundidas en un río de humeante metal, yo quiero confiar en que, por un milagro del cielo, quede todavía, en un rincón cualquiera del planeta, un pobre pianito en pié con un cuaderno de Mozart, una página de Chopin o de Debussy; demostrarán que, si la música es incapaz de suavizar las costumbres, no deja de ser, por lo menos, el más seguro oasis de las quimeras y la dicha pacífica.

FRANCIS POULENC.

LA MUSICA EN ITALIA DESDE 1944

La catástrofe política y militar con que terminó el fascismo en Italia, colocó a las instituciones musicales del país en el más grave extremo. De una parte, cesó la actividad de la mayor parte de los teatros y orquestas; de otra, como en todo período revolucionario, hubo una tal desorientación y mezcla de funciones que se perdieron las mejores de las energías mientras innumerables mediocres intentaban apoderarse de los puestos de mando. Agréguese a esto que las compañías de los principales teatros estaban reducidas a ofrecer miserables temporadas líricas al aire libre a los soldados aliados (como se sabe, La Scala de Milán había sido destruído por un bombardeo), y las sociedades de conciertos obligadas a llevar a cabo toda suerte de proezas para alimentar sus programas con los solos artistas locales. En estas condiciones, la música italiana durante 1944 y 1945 llevó una existencia penosa y pobrísima.

A pesar de todo esto, a pesar de tanta miseria, se advertía por todas partes manifestarse un profundo impulso hacia un renacimiento de la música, que debía traducirse necesariamente por una profunda refundición de las instituciones. Así fué como, aunque se hizo lo posible por consolidar las viejas organizaciones musicales de la Península, los grandes teatros, — *enti autonomi* — las grandes orquestas, la radio, y toda suerte de nuevas iniciativas surgían por todas partes, para asegurar al país no sólo su resurrección musical, sino incluso la adición de nuevos recursos educativos sobre los antes existentes. Entre estas nuevas organizaciones, debe citarse en primer lugar la hermosa serie de conciertos de orquesta de cámara que tuvo lugar en el Teatro Nuevo de Milán, treinta y seis audiciones de una orquesta reducida, pero excelente en sus componentes. La dirección de estos conciertos fué confiada al joven director Fernando Previtali, quien invitó a eminentes colegas como Scherchen, Dobrowen, Molinari, etc. Al año siguiente la iniciativa fué vigorizada en una escala más amplia y con una orquesta más nutrida. Otra novedad interesante fué la fundación, en Génova, en 1946, de una Sociedad Filarmónica que ofreció una serie de dieciséis conciertos sinfónicos de alto rango, con programas en los que la música contemporánea ocupaba un gran lugar. Lo que hace más notable este hecho, es que

Génova no había contado hasta el momento con una orquesta sinfónica. Otras surgieron igualmente en Bari, Ancona y en otras ciudades. En Florencia, la admirable orquesta del Maggio Fiorentino fué al fin salvada y reanudó su trabajo con un gran ardor. Las radios de Roma y de Turín reorganizaron sus espléndidas orquestas bajo la dirección de Previtali y de Mario Rossi. Las radios cumplen una excelente labor; su esfuerzo es enorme, porque los alemanes destruyeron al retirarse las cuatro quintas partes de nuestras transmisoras. En Nápoles los conciertos sinfónicos fueron insignificantes hasta avanzado 1946. Pero esta situación será corregida en fecha próxima gracias a haber reemprendido su labor la vieja sociedad «Alessandro Scarlatti». Con todo, Nápoles cuenta con una nueva organización muy interesante: la Orquesta de Cámara Napolitana que ha dado ya algunos bellos conciertos.

En el teatro, como ya he dicho, los escenarios líricos que un tiempo fueron orgullo de la nación, se encuentran en un estado difícil y no pueden mantenerse sino a costa del viejo repertorio que el público conoce de memoria y que es,—de momento, por lo menos—el único que asegura los ingresos necesarios para la existencia de estas instituciones. Otra dificultad la representa la falta de grandes cantantes, por el éxodo de ellos hacia las Américas que se viene produciendo. Esto representará a la corta una edad de oro para los nuevos elementos que deseen conquistar su puesto al sol. La Scala, destruída como señalamos por un bombardeo, ha sido milagrosamente reconstruída y su acústica incluso se ha mejorado. Algunos conciertos del octogenario Toscanini destacaron esta resurrección. Tullio Serafin fué nombrado en 1946 director artístico del teatro. Su nombre es una garantía sobre la excelencia del futuro trabajo y ciertamente los derechos de la música moderna serán bien defendidos. Los otros teatros parecen asimismo animados de los mejores propósitos. Aunque la situación musical se presente por el momento llena de complicaciones, un hecho debe ser consignado con alegría: la nueva ley financiera asegura a los ocho grandes teatros del Estado, al Maggio Fiorentino y a la Academia de Santa Cecilia de Roma, para sus conciertos orquestales, una vida tranquila desde el punto de vista material.

ALFREDO CASELLA.

El presente artículo, uno de los últimos escritos por el gran músico y crítico italiano, presenta un panorama objetivo del estado de la música en Italia después de la guerra y durante los primeros años de la paz. Con posterioridad a los hechos que en el artículo de Casella se consignan, el Gobierno de Italia ha destinado 1.200 millones de liras para ayudar a la financiación de los teatros de ópera en 1947; a pesar de lo cual, más de doscientos teatros de provincias permanecen todavía cerrados. Arturo Toscanini volverá a visitar su patria para dirigir conciertos en Milán, Roma y otras capitales, durante el presente año.

Mientras, como destacaba antes Alfredo Casella, el viejo repertorio de Verdi a Puccini sigue siendo el principalmente cultivado en los teatros de ópera italianos, empiezan ya a surgir algunas nuevas producciones que se destacan. Malipiero,

Pizzetti y Franco Alfano han obtenido los primeros premios en un reciente concurso de óperas, patrocinado por el Estado. Entre los nombres de jóvenes compositores que se suman a los que acabamos de citar en la vanguardia de la música italiana figuran: Francesco Cilea, Ricardo Pick, Giuseppe Molle, Umberto Giordano, Giuseppe Vittadini, Ludovico Rocca, Franco Casavola, y Luigi Dalla Piccola.

Milán, en lo que va corrido de 1948, sigue ocupando el primer lugar en las actividades musicales de Italia. La temporada de invierno adquirió un máximo relieve, sobre todo en los dominios de la música sinfónica. En el Teatro de la Scala, Otto Klemperer dirigió la primera audición de la Sinfonía en tres movimientos de Strawinsky, en un concierto en el que figuraba la Séptima Sinfonía de Beethoven y el Concierto en Re menor de Vivaldi, con el joven violinista Enrico Minetti como solista. La Orquesta del Teatro de la Scala volvió a actuar bajo la dirección de Rafael Kubelik, quien ofreció como estreno la Cuarta Sinfonía de su compatriota Bohuslav Martinu, la Segunda Sinfonía de Brahms y el Concierto para piano y orquesta de Saint Saëns. Con el director francés Paul Paray actuó el nuevo violinista italiano Gioconda de Vito. Ambos interpretaron el Concierto en Re mayor de Beethoven. Paul Paray completó su programa con una Sinfonía de la que es autor y la Segunda Suite de Dafnis y Cloe de Ravel. El director italiano Mario Rossi estrenó en esta temporada de conciertos una obra del joven compositor Dalla Piccola y el Concerto dell'Estate de Pizzetti, junto a una versión de El Pájaro de Fuego de Strawinsky. El ya famoso director Victor Da Sabata dirigió como fin de esta serie de conciertos la Misa Solemne de Beethoven.

En el Teatro Nuevo de Milán actuaron los solistas Arturo Rubinstein y el pianista napolitano de diecisiete años Paolo Spagnolo, ganador del último concurso internacional de Ginebra.

En el Teatro Angelicum, el director de orquesta Ennio Gerelli interpretó un ciclo de obras de Corelli para pequeño conjunto. Un ciclo de obras de Bach fué dirigido por Wolf Bazzo con la Orquesta de la Camerata Musicale Milanese.

LA MUSICA CHECA DE POST-GUERRA

La creación y la vida musicales de los pueblos europeos durante los años pasados han estado esencialmente influídas por la guerra. Es natural que esta influencia se manifestase en los países ocupados por los alemanes de muy distinta manera que en los países que combatieron libremente. La invasión de Checoslovaquia por los alemanes representó en un comienzo la eliminación de toda música de la llamada «decadente»; es decir, en este caso susceptible de evocar sentimientos nacionales. A la que debe unirse la música que exprese, en cualquier grado, la fe del pueblo checo en la victoria de los ideales de libertad y justicia.

Las restricciones sufridas explican a la altura de hoy el desvanecimiento de la vida musical de Praga durante la invasión, ya que el rasgo más característico de esa vida era la preferencia dada a la música contemporánea. Recordemos que fué en Praga donde se ejecutó por primera vez en todo el mundo «Nicolás de Flue» de Arturo Honegger. En Praga también se estrenaron poco antes de la